

CREATIVIDAD MINIMALISTA

Los millones de productos creativos en el universo cotidiano...

Empecemos: mire a su alrededor, por favor, y descubra algo que hasta hoy no había visto. En serio, es muy frecuente que no advirtamos la verdadera naturaleza de lo que nos rodea. Si tiene cerca una mesa, le aseguro que nunca se ha preguntado quién fue el genio que la inventó. Y lo mismo sucede con la silla: ¿quién la inventó y cuándo? La verdad es que ambas, tanto la mesa como la silla, fueron una ocurrencia genial. Sin duda, la primera silla fue una piedra y de ahí, debido a la evidente incomodidad de tal asiento, tuvo lugar un proceso evolutivo que concluyó seguramente con la silla presidencial, la más grande de todas, según dicen. El desarrollo de la mesa debe haber sido semejante.

Sin embargo, no son los únicos objetos que usted está percibiendo. El teléfono, el televisor, el móvil y el ordenador son inventos extraordinarios. Todos lo reconocemos así. La inteligencia que les dio origen fue sin duda superlativa, pero contemplando esas maravillas olvidó prestar atención a la pintura vinílica de la habitación, las hojas de papel bond en las que usted hace anotaciones, el lápiz o el bolígrafo, tan comunes que examinarlos parece una pérdida de tiempo, los clips o los botones de su camisa. Qué vulgaridad. ¿A quién rayos le importa un botón? Pues no es tan simple. ¿Cuál fue la mecánica mental que llevó a concebir esa obra maestra de la ingeniería: asociar una hendedura en una tela con un objeto adherido a otra pieza de tela para mantenerlos unidos?

La rueda, un invento que todos reconocemos como fundamental en la historia de la cultura, tuvo un origen igualmente humilde. Otro individuo genial observó sin duda que un tronco rodaba y decidió colocar encima un

gran peso para trasladarlo con menos esfuerzo. Más tarde, alguien no menos inteligente se empeñó en que no quería trasladar grandes pesos, sino muchos objetos pequeños, simultáneamente, y se le ocurrió colocar una caja encima del tronco. Este fue, pues, el carretón primigenio. Con el tiempo, el tronco se desgastó por el centro y tuvo su origen el eje con las ruedas en los extremos. (En realidad, el eje es el verdadero descubrimiento revolucionario). En América, los grupos prehispánicos habían descubierto la rueda, mas no el eje, por lo que careció de utilidad.) Después, alguien, molesto porque la caja no se mantenía fácilmente arriba, cayendo continuamente, discurrió amarrarla al eje e inventó la chumacera. Y, con el tiempo, otro individuo no menos creativo, incorporó el mango y creó la primera carreta funcional. Más tarde, alguien utilizó la tracción animal y, por último, incorporó el motor de combustión interna que a usted le permite disfrutar del automóvil que adquirió mediante un crédito no menos ingenioso.

Pero nadie, o muy pocos, reparan en la aguja, que también es decisiva en la cultura humana. Trato de imaginar al primer creativo que la concibió: tal vez una espina de pescado con una saliente en la que se prendía el hilo. Introducía la espina en la tela o la piel, con la saliente que llevaba la hebra, y la pasaba no sin esfuerzo al otro lado de la pieza. Es evidente que la saliente de la espina se atoraba. Para evitarlo, hizo un agujero cerrado en el extremo de la espina y la aguja de coser fue inventada.

Las ollas, y aun sus compañeros los comales, fueron producto de la observación de un agudo creativo: sustituyó el cuenco de la mano con hojas de vegetales o con piedras que tenían

cavidades, y finalmente utilizó el barro para fabricar recipientes, lo que se le debe haber ocurrido cuando observó que las huellas de sus pies en un charco de fango, al secarse con el sol, podían conservar un líquido durante un buen rato. Pero con los siglos olvidamos que los recipientes no son otra cosa que imitaciones (o extensiones) de la mano. El hecho es que nadie se emociona cuando pone una sartén al fuego ni se detiene a pensar en la lenta evolución de los cacharros. Esta evolución incluye la invención de las cucharas y los tenedores, que son en realidad ollas pequeñas provistas de un mango. Por cierto, observe que una taza es en realidad una cuchara grande con el mango doblado a manera de asa.

Una pieza de vidrio es conmovedora. Observe una ventana. Casi estoy seguro de que nunca ha dado importancia a los cristales. Pero si usted hubiera vivido en los tiempos del imperio romano habría echado pestes porque sus ventanas carecían de vidrios, y el frío y las corrientes de aire invernales le habrían descompuesto la existencia. El invento es fenicio. Estos navegantes recorrían el mar Mediterráneo para comerciar con sus productos y es probable que alguna vez, acampando en la playa, hicieran una gran hoguera. Al día siguiente, tal vez otro genio percibió que la arena, debajo de las cenizas, se había fundido formando una placa translúcida. Debe haber imaginado su utilidad y empezaron a comercializarlo.

En realidad, vivimos rodeados de imaginación. Si tiene tiempo, busque y lea un libro soberbio de J. D. Bernal, *A History of Classical Physics*, de Barnes & Noble. Espero que le divierta tanto como a mí, y si gusta, envíeme un mensaje para comentarlo. Estoy para servirle.